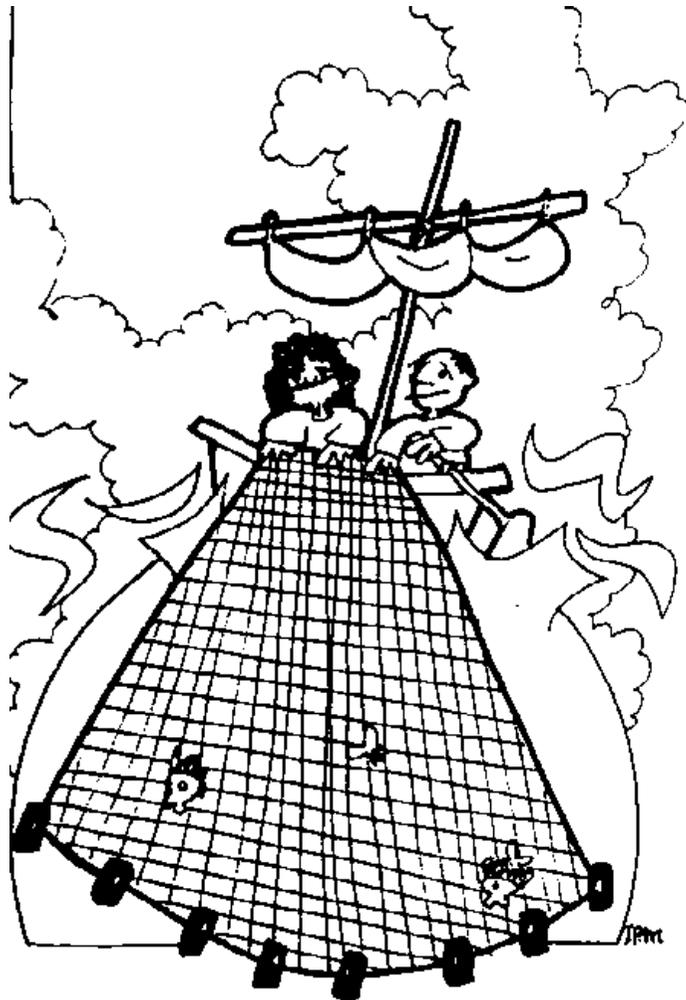


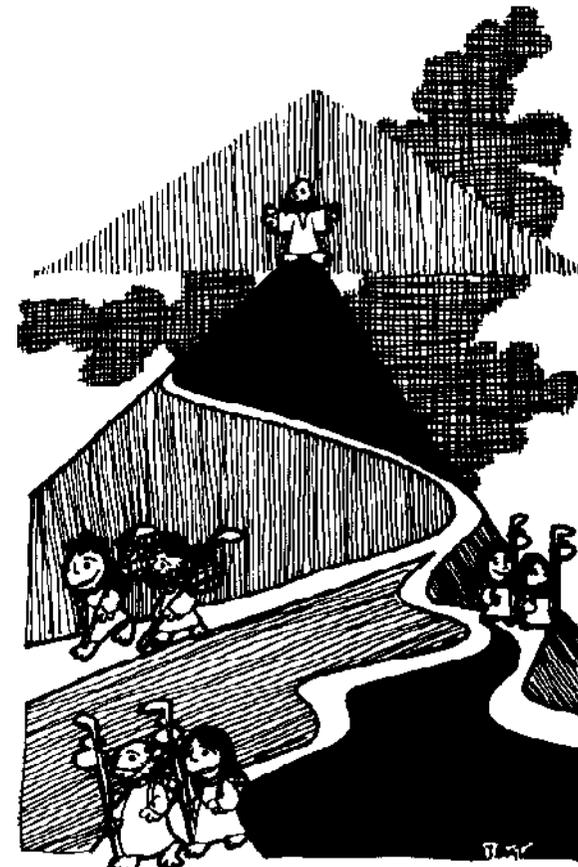
Seguimiento



Gratuitamente habéis recibido

¡IDAD
GRATUITAMENTE!

Mt 10, 8





Seguir a Jesús

Todos buscamos en esta vida aquello que nos pueda hacer felices. Pero, desgraciadamente, no todos encuentran al que es la Felicidad. Son muchos los que se quedan en cosas que sólo ofrecen un disfrute esporádico; los que viven del goce instantáneo que no dura más allá del momento.

Sin embargo, cuando ponemos nuestro corazón en Jesús, todo cambia. Cambió para los discípulos de Juan que, tras responder a la invitación de ver dónde vivía el Maestro, se quedaron con él. Cambió para el grupo de discípulos que dejaron todo lo que hasta ese momento más apreciaban (su trabajo, su familia...) con el fin de seguir a su futuro Señor. Cambió para los pecadores que fueron sanados y volvieron a sus hogares con el corazón convertido y lleno del amor. También durante muchos años ha cambiado la vida de muchas personas que se han encontrado con él y le han preguntado como el joven rico: "¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?".

También nosotros, desde nuestra propia vida e historia, queremos acudir a Jesús para preguntarle qué quiere de nosotros, para responderle a lo que nos pida y para poner todo nuestro corazón en el Maestro, de forma que podamos gustar ya aquí la alegría del Reino.

Salmo en busca de un tiempo para Dios

Veinticuatro horas tiene el día, Señor,
y si tuviese veinticinco todavía me faltaría alguna hora más.
Mi vida corre a un ritmo frenético.
Siempre tengo que hacer algo;
siempre tengo alguna ocupación.
¿Qué lugar ocupas tú, Dios mío, en medio de ese tiempo?
¿Qué sitio he reservado para ti?
Si fuese sincero, tendría que decirte
que cuando me falta tiempo
lo primero que quito es todo lo que me acerca a ti,
como los momentos de oración.



Quiero amar, Señor. Quiero pensar en los demás. Quiero que los que me rodean se sientan queridos por mí y felices por lo que hago. Quiero sembrar felicidad por donde vaya.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

"Quiero seguirte"

Quiero seguirte, Señor, en medio de este mundo;
quiero seguirte en medio de tantas dificultades,
en medio de una sociedad que pasa cada vez más de ti;
en medio de tanta gente que, sin saberlo,
está hambrienta y necesitada
de algo que la llene de verdad.
Quiero seguirte, Señor,
porque sé que me necesitas para crear un mundo
en donde reine cada vez más la justicia, el amor y la paz;
un mundo donde todos
se puedan llamar algún día hermanos de verdad;
un mundo donde todos te reconozcan y se acerquen de nuevo a ti;
un mundo donde la única ley se amarnos como tú nos amaste.



Hoy, Señor, quiero renovar mi opción por ti.
Quiero decirte que sigues siendo importante en mi vida,
que te necesito.
Quiero decirte que sin ti estaría perdido y desorientado
porque tú eres luz para mis ojos y calor para mi alma.
Sé, Señor, que tenerte en el centro de mi vida no es fácil,
que las dificultades aflorarán sin yo buscarlas.
Algunas veces serán los que me rodean
que me invitarán a dejarte;
otras será mi pereza, mi comodidad, mi orgullo, mi "yo".
A pesar de todo, quiero lanzarme en el vacío,
quiero apostar por ti.
Porque sé que sólo quien apuesta en esta vida
es capaz de ganar algo;
porque sé que seguirte es hacer un ejercicio de confianza total
y yo estoy dispuesto a realizarlo,
porque tú no me vas a defraudar.



LA PALABRA:

Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y, arrojándose ante él, le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?".

Jesús le dijo: "¿Por qué me llamas bueno?. Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injustos, honra a tu padre y a tu madre".

Él, entonces, le dijo: "Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud".

Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: "Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme".

Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes.

Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: "¡Que difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!". Los discípulos quedaron sorprendidos al oírle estas palabras. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: "¡Hijos, qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, a que un rico entre en el Reino de Dios". Pero ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: "Y, ¿quién se podrá salvar?". Jesús, mirándolos fijamente, dice: "Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios".

Mc. 10, 17 – 27

Reflexión

Se presentaron a Jesús un grupo de jóvenes, entre quince y dieciséis años, todos ellos de muy buenas familias. Jesús iba de camino, y los jóvenes asistían a unas convivencias cristianas. Ellos le preguntaron: "Maestro, ¿qué tenemos que hacer para ser unas personas dignas y ganar el cielo?".

Jesús les respondió: "Ya sabéis los mandamientos..."

"¡Claro que sí, Maestro! Los cumplimos desde que éramos niños... El 6º y el 9º nos resultan algo más difíciles, pero ya sabes lo que son las ocasiones...; de todas maneras, nos confesamos a su debido tiempo".

Jesús, entonces, mirándoles a todos con cariño, uno a uno, y viendo el afán que tenían de agradecerle, les dijo: "Una cosa os falta: me habéis encontrado a mí, y yo

os llamo para que me sigáis. Pero haceos a la idea de que yo voy de camino, y que estáis demasiado cargados de cosas como para poder seguirme. Sin embargo, os daré algunas sugerencias para que podáis empezar el camino".

Y fue acercándose a cada uno personalmente:

A unos cuantos les dijo: "Entra en un grupo cristiano y en él encontrarás fuerzas para seguirme". Y le respondían así: "No puedo: me coincide con la informática, el inglés, las lecciones de guitarra, los entrenamientos... Tengo que estudiar. Ya estuve en uno, y fue una chorrada...".

A alguno que gastaba bastante dinero le invitó: "Da la mitad del dinero que gastas a la semana a quien lo necesita más que tú". Y la respuesta: "Tengo que alternar con los amigos. Ellos también me invitan, y no puedo quedar como un pobretón. Al fin y al cabo, ¡es mi dinero!".

A otro "muy marchoso", que estaba todo el día con los auriculares puestos, le dijo: "Acostúmbrate al silencio. Así podrás oír la voz de quien te necesite". Pero él le respondió: "Tengo horror al silencio. Además, hay que vivir con ritmo. Me chiflan los "40 principales".

También hubo algunos a los que dijo: "Tú tienes madera de profeta, porque yo te la he dado: déjalo todo, incluso el matrimonio, y conságrate totalmente a trabajar por mi Reino". Y así fue la respuesta: "Señor, me han dicho que para ser un buen cristiano no hace falta ser cura o fraile. Además, ¿te has dado cuenta que muchos de ellos viven mejor que nadie? Por otra parte, cuesta tanto dejar la familia, mi independencia, poder divertirme a gusto...".

Había alguno muy estudioso que no tenía tiempo tampoco para dedicarlos ni a los amigos, y a éste le dijo: "Contentate, si es preciso, con menos nota: dedica una buena parte de tu tiempo para las personas y no sólo a los amigos, sino a compañeros y otras personas a quienes puedas ayudar en algo, aunque no sea más que acompañarlas". "Pero, Señor –respondió–, sería humillante para mí sacar menos nota que la que puedo. ¿Y mi futuro? He de prepararme bien... No puedo defraudar a mis padres".

Y así fue haciendo sugerencias que iban, todas ellas, más allá de los diez mandamientos, y que tenían que ver con la propia disponibilidad, o con el perdón, o

con el trabajar por la paz, o con el compartir las cosas personales..., o con todas ellas a la vez.

Y uno por uno, la mayoría, se sentían contrariados al oír lo que Jesús les pedía, pues en realidad estaban muy llenos de sí mismos, y no querían cambiar. Así que terminaron la Convivencia y se fueron a casa igual que habían venido, pensado para sus adentros que ya hacían bastante... Entonces Jesús, mirando a su alrededor, dijo a los que le seguían: "¡QUÉ DIFÍCIL LES VA A SER A LOS RICOS ENTRAR EN EL REINO DE DIOS!"

Pedro Botana

Peticiones

No siempre eres tú mi tesoro, Señor. No siempre te tengo en el centro de mi vida. Sin embargo, quiero luchar para optar cada vez más por ti. Quiero descubrirte y tenerte como el único y más preciado tesoro de mi vida.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

No siempre eres tú mi Señor. Las riquezas, el tener, el consumo... me atraen demasiado y me acostumbran a lo cómodo, lo fácil. Sé que seguirte exige sacrificio, que dejarme llevar por esos señores me alejará irremediabilmente de ti. Quiero ser libre y tenerte como único Señor.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

Las preocupaciones de la vida diaria me quitan mucho tiempo para dedicarme a ti. Prefiero los estudios, el trabajo, los momentos de diversión, de descanso... Los prefiero a estar un rato contigo. Pero he descubierto que mi única preocupación debes ser tú.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

Cuántas veces se me va la lengua, Señor. Cuántas veces critico y destruyo a las personas con el veneno de mis juicios. Quiero dejar la crítica y la condenación. Quiero salvar a las personas, quiero luchar por ellas, quiero amar en vez de condenar.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

Quiero seguirte por el camino que me pidas. Si deseas que forme una familia cristiana, la formaré; si me pides que me consagre para seguirte más fiel desde la vida religiosa, lo haré.

QUIERO SEGUIRTE, SEÑOR.

Cuando me falta tiempo
quito también el tiempo para los que me rodean;
cuando me falta tiempo sólo existo yo y mis intereses.

Nunca me lo había planteado,
pero la falta de tiempo me aleja de ti.
Me lleva a remarcar mi individualismo;
a pensar antes en mis intereses que en los de los demás.
Me lleva al activismo, a hacer por hacer, sin ningún sentido.

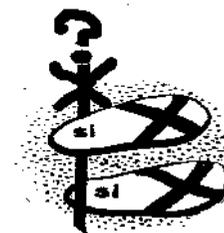
Al pensar en ello, Señor, siento en mí la necesidad
de replantearme mi vida en serio.
¿Es que merece la pena
vivir la vida angustiado por hacer continuamente cosas?

Nunca lo había pensado, pero ahora me doy cuenta
de que tengo que dejar espacios verdes en mi vida:
espacios para tender la mano al que me pide ayuda;
espacios para reflexionar, conocerme, interiorizar;
espacios para encontrarme contigo, Señor de mi vida.

Necesito espacios, Señor.
Espacios para hacer la vida más humana;
espacios para que todos sepan que pueden contar conmigo;
espacios verdes, Señor,
para escuchar las preocupaciones de los demás;
espacios, Señor, para tener la mirada puesta en el otro.

Necesito espacios, Señor
para hacer que mi corazón joven
no se encierre cada vez más en sí mismo;
para oxigenarme por dentro y renovar mi corazón.

Haz, Señor, que el mundo que me rodea no me agobie
hasta el punto de vivir como un esclavo.



Haz, Señor, que siempre tenga momentos de descanso;
momentos para el otro.
Pero, sobre todo, Señor,
momentos para encontrarme contigo a solas.